

X “En calidad de esclavo”

En los últimos decenios, la perfecta Devoción a la Santísima Virgen se difundió de manera asombrosa en el mundo, y especialmente en Bélgica.

No siempre fue sin esfuerzo.

Como esta es una de las manifestaciones más preciosas de la vida cristiana, y uno de los medios más eficaces para promover la gloria de Dios y el reino de Cristo, es perfectamente normal que su difusión se tope con serias dificultades.

Una de las que hemos tenido que superar sin cesar es el temor y la repugnancia que inspira a primera vista el nombre de nuestra excelente devoción a Nuestra Señora.

¡Cuántas veces hemos oído decir: «Quiero ser hijo de María, pero no su esclavo... ¡Es más perfecto llamarse hijo que esclavo de la Santísima Virgen»!

La mayoría de nuestros esclavos de amor comprenden y aprecian este nombre. Hay otros que guardan una cierta aprensión por la **palabra** y sólo difícilmente se acostumbran a las resonancias peyorativas que comporta.

Nuestros asociados, y sobre todo nuestros propagandistas, deben estar bien instruidos, y bien armados de veras, para las luchas que a veces deben librar o sostener.

Por eso es útil, si no necesario, examinar a fondo este nombre, y tratar de él un poco más extensamente. Dígnese Nuestra Señora amadísima conceder sus gracias de luz convincente a los capítulos que vamos a consagrar a este tema.



Montfort no duda en llamarnos «**esclavos, esclavos de amor y de voluntad**» de Jesús y de María.

En «El Secreto de María»⁴⁴ escribe tranquilamente que la devoción a la Santísima Virgen «*consiste en darse por entero **en calidad de esclavo a María, y a Jesús por Ella***». Y en el Acto de Consagración, que proviene, es cierto, no del «Tratado de la Verdadera Devoción», ni de «El Secreto de María», sino del «Amor de la Sabiduría eterna», nos hace decir: «*Os entrego y consagro, **en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma...***».

En su doble trabajo mariano, nuestro Padre describe extensamente la diferencia que hay entre un siervo y un esclavo, y demuestra que debemos pertenecer a Jesús y a María, no sólo como siervos, sino también como esclavos voluntarios de amor⁴⁵.

Algunos, en otro tiempo, pensaron poder o deber resolver la dificultad suprimiendo de los escritos de Montfort —¡así de simple!— toda mención de esclavitud. Es una solución que, evidentemente, no podemos aceptar ni aplicar. Sería mutilar la obra de nuestro Padre y saquear su herencia. Y si bien es cierto que el nombre o la expresión no es lo más importante, no es menos cierto que si se abandona el verdadero nombre, se corre el riesgo de falsificar el verdadero espíritu de la devoción mariana montfortana.

Por lo tanto, sin dar una importancia exagerada al nombre, debemos conservarlo, explicarlo y defenderlo, incluso si esta actitud presenta inconvenientes desde el punto de vista de la propaganda.



⁴⁴ El Secreto de María n. 26.

⁴⁵ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción nn. 68-77; El Secreto de María nn. 32-34.

En las presentes líneas esperamos poder condensar lo que hay que pensar de este nombre. Y luego, en las páginas siguientes, nos esforzaremos por explicar y justificar estas diversas proposiciones.

*El nombre de **esclavo**, aplicado al alma para designar sus relaciones con Dios, con Jesucristo y también con la Santísima Virgen, es una palabra plenamente cristiana, porque es tradicional y escrituraria. Pero debe ser entendida en su acepción únicamente esencial. Sin decir todas las relaciones del alma cristiana con Dios y con la Santísima Virgen, es la única palabra que exprese de un solo golpe nuestra pertenencia total, definitiva y gratuita a Jesús por María. Sin embargo, no hay que dar una importancia exagerada a una palabra en cuanto tal; para practicar perfectamente la verdadera Devoción a Nuestra Señora no es absolutamente necesario servirse de ella; mas no sería sensato tampoco alejarse de la práctica más excelente de devoción hacia la Santísima Virgen a causa de las resonancias peyorativas que parecen vincularse a una palabra.*

Mostremos ante todo que esta palabrita terrible (?) se encuentra frecuentemente en la tradición cristiana, y eso en la boca y en la pluma de aquellos que son considerados generalmente como los testigos auténticos del verdadero sentido cristiano.

Así, el santo **Cura de Ars** se había ligado por voto a la santa esclavitud de María. Más tarde estableció en Ars la cofradía de la santa esclavitud, y tenía la costumbre de decir que quienquiera tomaba en serio su salvación, debía entrar en esta saludable cofradía.

San Alfonso de Ligorio, Doctor de la Iglesia y uno de los mayores devotos de María que jamás haya visto el mundo, hace decir a sus hijos: «*Oh Madre del amor hermoso, aceptadme como vuestro siervo y **esclavo** eterno. Mi reino en este mundo será servir a vuestro Jesús y serviros a Vos misma, oh la más hermosa de las Vírgenes. No*

quiero ya ser mío, sino que quiero ser sólo vuestro, en la vida y en la muerte».

Sería fácil, en los siglos XVII y XVIII, citar a un sinnúmero de hombres santos e ilustres, que estaban orgullosos de llamarse esclavos de amor de la Reina del cielo: San Juan Eudes, el Cardenal de Bérulle, el Padre Olier, etc. Igualmente, series enteras de obispos belgas de esta misma época reclaman para sí este verdadero título de nobleza.

Santa Margarita María, la esposa amante y confidente del Corazón de Jesús, sabía que esta santa esclavitud en nada pone trabas al más íntimo trato de amor con Él. Por eso escribe en un admirable Acto de Consagración: *«Santísima, amabilísima y gloriosísima Virgen, Madre de Dios..., a quien nos hemos dado y consagrado enteramente, gloriándonos de perteneceros en calidad de hijas, siervas y **esclavas** en el tiempo y para la eternidad: de común acuerdo nos echamos a vuestros pies para renovar los compromisos de nuestra fidelidad y **esclavitud** hacia Vos, y suplicaros que en calidad de cosas vuestras nos ofrezcáis, dediquéis, consagréis e inmoléis al Sagrado Corazón del adorable Jesús... No queremos tener otra libertad que la de amarlo, ni otra gloria que la de pertenecerle en calidad de **esclavas** y víctimas de su puro amor... Queremos hacer consistir toda nuestra felicidad en vivir y morir en calidad de **esclavas** del adorable Corazón de Jesús, hijas y siervas de su santa Madre».*

San Ignacio de Loyola, en la Meditación sobre el misterio de Belén, se considera a sí mismo como un *«pobrecito **esclavito indigno**»* de la Sagrada Familia.

Es notable, por otra parte, que nuestra Consagración total, con el nombre que le da Montfort, se encuentra en un gran número de Ordenes muy antiguas, como los Cartujos, los Trapenses, los Carmelitas, etc.

Hermosísima es la oración que el gran **San Buenaventura** dirige a María: «*Gloriosísima Madre de Dios, Dueña del universo y Soberana de todo el género humano, a quien la corte celestial sirve con todos los Ángeles, Arcángeles, Querubines, Serafines y todos los coros de los espíritus bienaventurados; yo, el más vil de los hombres y de las creaturas, espontáneamente, después de al Señor mi Dios, me entrego por entero como **esclavo** a Vos, Dominadora de las naciones y Reina de los reyes. Me despojo de todo derecho y de toda libertad, en la medida en que los poseo, para deponerlos por siempre en vuestras manos. Poseedme, Soberana, usadme, tratadme y empleadme **como vuestro esclavo**. Oh Soberana, os suplico que obréis así, y que no despreciéis la dependencia de vuestro siervo. Sed Vos mi Soberana eterna, y sea yo **vuestro esclavo eterno** mientras Dios sea Dios, a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén*».

San Bernardo, el «Doctor melifluo», exclama: «*No soy más que un vil **esclavo**, que tiene el gran honor de ser el siervo del Hijo al mismo tiempo que de la Madre*».

El célebre monje, **Notker de Lieja**, se declara «*indignum Sanctæ Mariæ mancipium*»: el indigno **esclavo** de Santa María.

Del **Papa Juan VII** (comienzos del siglo VIII) no nos quedan más que dos inscripciones, que dicen en griego y en latín: «*Esclavo de la Madre de Dios*».

San Ildefonso nos aporta el testimonio de su país, España, en el siglo VII, cuando escribe: «*Para ser el devoto **esclavo** del Hijo, aspiro a la fiel **esclavitud** de la Madre*».

Los siglos más remotos del cristianismo dan testimonio en favor de esta noble y santa esclavitud. En las ruinas de Cartago se encontró un gran número de inscripciones, que se remontan según

unos al siglo VI, según otros al siglo IV, en las que los cristianos de ese tiempo se proclaman *«esclavos de la Madre de Dios»*.

Tenemos, por fin, una prueba decisiva, suficiente por sí misma, de la legitimidad de la palabra, en el catecismo compuesto según los deseos del Concilio de Trento, y destinado a enseñar a los fieles la verdadera y sana doctrina cristiana en esos tiempos de innovadores y de herejes. En él se afirma que es *«muy justo que nos demos para siempre a nuestro Redentor y Señor no de otro modo que como esclavos: «non secus ac mancipia»*.

¿No es asombroso que con testimonios tan formales y tan autorizados haya aún quienes puedan y se atrevan a poner en duda la ortodoxia de esta denominación tan cristiana?



Hasta ahora no se ha escrito una historia completa y profunda de la santa esclavitud. Sería muy deseable que se emprendiera esta obra. ¿Qué joven Montfortano cautivado por su ideal, o qué otro sacerdote de María se sentirá llamado a esta tarea, ardua pero preciosísima? Estamos persuadidos de que trabajadores inteligentes, concienzudos y tenaces, harían verdaderos descubrimientos en este terreno, como lo prueban los datos recogidos, por ejemplo, por Kronenburg C. SS. R. en Holanda, el Padre Delattre de los Padres Blancos en Cartago, Monseñor Battandier en Roma, etc.

Por lo que a ti se refiere, apreciado lector, repasa con tu corazón, a modo de oración, los hermosos testimonios que hemos citado más arriba. ¡Nos es tan provechoso repetir nuestra pertenencia total a María por los labios y por el corazón de estas grandes almas cristianas y marianas!

Entonces veremos cómo es cierto, según el decir de San Alfonso, que para nosotros *«reinar en esta tierra será precisamente servir como esclavos a Jesús y a su dulce Madre»*.

Que nuestra firma vaya siempre acompañada de la expresión de nuestra pertenencia total: que la fórmula E. d. M. (esclavo de María), u otra semejante, sea inseparable de nuestro nombre.

Así firmaba invariablemente San Luis María de Montfort, nuestro Padre y modelo: *Luis María de Montfort, sacerdote y esclavo indigno de Jesús en María.*



Murillo Esteban Bartolomé, 1660, “La Anunciación”, lienzo en tela, Museo Rijks, Ámsterdam, Alemania.

XI

La santa esclavitud en la Escritura

Queda claro que no hay que dar una importancia exagerada a una palabra como tal, al nombre, en este caso, de **esclavitud** de la santa Madre de Dios. Pero como la palabra ha dado muchas veces materia a objeción, y como más de una vez se ha pretendido que era anticristiana, debemos estudiarla un poco más ampliamente para defenderla y explicarla. Vamos a demostrar que es **escrituraria**, empleada por la misma Escritura para expresar nuestras relaciones para con Dios, para con Jesucristo, y, lo que es más empleada frecuentemente en el **Nuevo Testamento**, bajo la ley de amor y de filiación; y que, por consiguiente, es absolutamente imposible que se encuentre en contradicción con el verdadero espíritu del cristianismo, tal como lo promulgó Cristo, nuestro Doctor y Legislador.

Es indudable que los Apóstoles tenían el espíritu auténtico querido por Cristo. Pues bien, ellos no titubean en proclamarse **esclavos de Dios, esclavos de Cristo**, sirviéndose para ello de la palabra griega *doulos*, que a menudo no puede tener otro significado⁴⁶.

⁴⁶ Este es el parecer de la exégesis moderna. A pesar de las repugnancias contemporáneas por esta palabra, los traductores modernos se ven obligados frecuentemente a usarla. Un exegeta protestante moderno, que goza de gran autoridad en materia de crítica literaria bíblica, concluye así un estudio importante sobre el tema: «El grupo de palabras **doulos, doulé**, etc., sirve para expresar las relaciones de dependencia absoluta, en las que, a las exigencias totales del **kyrios**, responde la entrega absoluta del **doulos**. Frente a la voluntad del señor no hay lugar para la voluntad propia, ni para la iniciativa personal frente a sus prescripciones. Con todo, es de notar que en ninguna parte se trata de esclavitud en un sentido humillante y despreciativo, como era frecuente en el mundo helénico».

San Pedro nos llama «*esclavos de Cristo*» en un pasaje que se dirige formalmente a los «hombres libres»⁴⁷. Para **San Pablo** todos los hombres, sean esclavos o libres en la sociedad humana, son «*esclavos de Dios, esclavos de Jesucristo*»⁴⁸.

Los Apóstoles se llaman a sí mismos «*esclavos de Jesucristo*», y por lo tanto no consideran este título y apelación como por debajo de su dignidad de hijos de Dios y de enviados de Jesucristo. Así se expresan San Pedro⁴⁹, San Judas⁵⁰, Santiago el Menor⁵¹, y muchas veces San Pablo⁵². Aparentemente es para ellos un honor, un gran honor, ser llamados así, puesto que inscriben esta apelación en el encabezado de sus cartas apostólicas.

Nuestra Madre misma no retrocede ante esa denominación; al contrario, parece amarla especialmente, puesto que, en las dos ocasiones en que Ella tuvo que determinar su actitud respecto de Dios, se llama humildemente la esclava del Señor: «*He aquí la esclava del Señor*», declara al Arcángel que le trae la gran Nueva; «*Ha mirado la pequeñez de su esclava*», canta en casa de Santa Isabel cuando esta exalta los esplendores de su maternidad divina...

Y —¿cómo se pudo olvidar?— de **Cristo mismo** dice San Pablo que tomó «*la forma de esclavo*»; y a este título hizo todo lo que conviene al esclavo: «*se hizo obediente*» (pues un esclavo debe obedecer) «*hasta la muerte*» (el dueño tenía sobre su esclavo

⁴⁷ I Ped 2, 16.

⁴⁸ Ef 6, 6; I Cor 7, 21; Rom 6, 22.

⁴⁹ II Ped 1, 1.

⁵⁰ Jud 1, 1.

⁵¹ Sant 1, 1.

⁵² Rom 1, 1; Fil 1, 1; Tit 1, 1.

derecho de vida y muerte) «y muerte de cruz» (la muerte de cruz estaba reservada a los esclavos)⁵³. Ahora bien, el Apóstol, al comienzo de este magnífico pasaje, nos recomienda tener los mismos sentimientos y las mismas disposiciones que Cristo Jesús: y así nos exhorta formalmente, no sólo a la humildad y a la obediencia, sino a la santa y preciosa esclavitud.

¿Será preciso repetirlo? Una apelación que el mismo Espíritu de Dios da, no sólo a los cristianos, sino también a los Apóstoles, a la Reina de los Apóstoles, y al mismo Rey de gloria, no puede contener nada de deshonoroso, de envilecedor, ni nada que pueda estar, de cualquier modo, que sea, en oposición con el verdadero espíritu cristiano.



Seríamos tal vez demasiado incompletos si no hiciéramos notar que los Apóstoles se llaman esclavos de Dios y de Cristo, no sólo como de paso, sino apoyándose en esta cualidad, insistiendo en ella, y exprimiéndola a fin de sacar de ella consecuencias prácticas para sí mismos y para los fieles.

Es evidente que un esclavo debe vivir para su señor, y para él solo. San Pablo concluye de ahí que debe tratar de agradar sólo a Cristo, y eso es para nosotros una lección importante: «¿Busco acaso complacer a los hombres? Si todavía tratase de complacer a los hombres, no sería esclavo de Cristo»⁵⁴.

En otra parte vuelve sobre el mismo pensamiento: «Obedeced no sólo cuando vuestros amos tienen los ojos puestos en vosotros, como quienes buscan agradar a hombres, sino como esclavos de

⁵³ Fil 2, 5-8.

⁵⁴ Gal 1, 10.

Cristo, haciendo la voluntad de Dios con toda el alma, sirviendo con buena voluntad al Señor y no a los hombres»⁵⁵.

Los siguientes deberes que el Apóstol impone a su discípulo Timoteo son para él, evidentemente, la consecuencia de nuestra condición de esclavitud respecto de Cristo, y esta palabra es, una vez más, una indicación preciosa para nuestra propia conducta: *«El esclavo del Señor no debe pelearse, sino ser manso para con todos, atento a enseñar, sufrido, que con mansedumbre instruya a los adversarios, por si tal vez les inspira Dios arrepentimiento que los lleve al pleno conocimiento de la verdad»⁵⁶.*



Hay textos de la Escritura, es cierto, que parecen excluir para los cristianos esta denominación de *esclavo*, y que estarían por tanto en oposición con los pasajes que acabamos de citar. Pero, si se los estudia en el contexto en que están situados, es fácil resolver las objeciones que parecen plantear.

En su discurso de despedida Jesús dice a sus Apóstoles: *«Ya nos os llamo siervos, esclavos... A vosotros os he llamado amigos»⁵⁷.*

Estas palabras no pueden querer decir que Jesús condena de ahora en adelante esta denominación. En efecto, tres de los apóstoles presentes en la última Cena, Pedro, Santiago y Juan, al escribir bajo la inspiración del Espíritu Santo, se dirán más tarde con orgullo *«esclavos de Jesucristo»*. Observemos, pues, que Jesús no dice: *«Vosotros ya no sois mis esclavos»*, sino *«Ya no os llamaré más así»*. El amor condescendiente del Maestro —así es el amor— quiere

⁵⁵ Ef 6, 6.

⁵⁶ II Tim 3, 24-25.

⁵⁷ Jn 15, 15.

suprimir las distancias, olvidar que sus «hijitos» son sus súbditos, sus servidores. Estos, al contrario, en su humildad llena de afecto, insistirán en reconocer y proclamar bien alto —¿quién no lo comprendería? — su pertenencia total y su dependencia radical y eterna, su condición de «esclavo», respecto del Maestro amadísimo.

Si consideramos las cosas superficialmente, hay una condenación clara de la palabra «esclavo» en el siguiente texto de San Pablo: *«Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: !!Abba, Padre!! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.»*⁵⁸.

Sin duda alguna, ante todo, somos hijos de Dios y de la bienaventurada Virgen María. Pero esta filiación, como luego explicaremos más a fondo, no contradice nuestra condición de esclavos voluntarios y de amor de Dios, de Cristo y de su divina Madre.

Por lo que se refiere al texto que se nos objeta, notemos primero que no podría tratarse de la condenación de toda esclavitud espiritual, de nuestra servidumbre esencial respecto de Dios y de Cristo. El Apóstol se contradiría claramente, y en la misma Epístola; pues en esa misma carta a los Gálatas se llama *«esclavo de Cristo»*, y deduce de ello algunas consecuencias prácticas⁵⁹.

¿Cuál es, pues, su verdadero pensamiento? Reléase atentamente todo el capítulo, y se dejará ver fácilmente. San Pablo compara la humanidad a un hijo —por lo tanto, heredero— que, al principio, por ser aún niño, se encuentra bajo tutela y difiere muy poco de un servidor o de un esclavo. Pero ese niño se hará grande,

⁵⁸ Gal 4, 6-7.

⁵⁹ Gal 1, 10.

alcanzará la mayoría de edad, y podrá entonces hacer valer todos sus derechos de hijo. De modo semejante la humanidad es hija de Dios. Pero primero fue colocada por Dios bajo la tutela de la Antigua Ley, obligada a las numerosas y difíciles prescripciones de la ley mosaica. Fue una especie de esclavitud, de la que la humanidad debía ser liberada por el Hijo encarnado de Dios, cuando llegase la plenitud de los tiempos. Por eso, la esclavitud que excluye aquí San Pablo, y que es incompatible con la «libertad de los hijos de Dios», es la sujeción a las numerosas y minuciosas prescripciones, y a los principios elementales de moralidad, de la Antigua Ley. Esta «esclavitud» no conviene ya a los hijos de Dios, desde el momento en que se han hecho grandes al vivir bajo la Nueva Ley. Como se puede ver, no se trata aquí de la esclavitud en el sentido de dependencia absoluta y eterna respecto de Dios, tal como lo entendemos nosotros, tal como lo entiende el mismo San Pablo cuando se proclama esclavo de Dios y de su Cristo.

En la Epístola a los Romanos hay un texto parecido, pero tan fácil de explicar como el primero. *«Cuantos son llevados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Porque no recibisteis espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor; antes recibisteis Espíritu de filiación adoptiva, con el cual clamamos: ¡Abba! ¡Padre!»*⁶⁰.

Ante todo, se impone la misma observación que antes. Es imposible que San Pablo condene aquí la esclavitud en el sentido de dependencia total y definitiva de Dios, porque él mismo, en esta misma Epístola, se ha proclamado *«esclavo de Cristo»*⁶¹, y llama luego

⁶⁰ Rom 8, 14-15.

⁶¹ Rom 1, 1.

a los fieles «*esclavos de Dios*»⁶². El «espíritu de esclavitud» excluido aquí por San Pablo es, como él mismo lo dice formalmente, «*el espíritu de servidumbre en el temor*», esto es, el temor servil, incompatible con el espíritu de la filiación divina. La santa esclavitud de Cristo en María, tal como nosotros la practicamos, no conduce de ningún modo a este temor servil, sino que, al contrario, libra totalmente de él, como lo afirma Montfort y la experiencia lo demuestra, y conduce al alma al amor más filial y confiado a Dios y a María⁶³.



En una de esas páginas profundas y maravillosamente hermosas cuyo secreto tiene San Pablo, y que se puede meditar durante días enteros, el Apóstol nos entrega su pensamiento sobre la libertad y la esclavitud espirituales, y nos indica a qué esclavitud debemos renunciar, y a qué esclavitud estamos rigurosamente obligados. La escribe a los gallardos Romanos.

*«¿No sabéis que, cuando os entregáis a uno como esclavos para obediencia, esclavos quedáis de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado para muerte, ya de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios de que, habiendo sido esclavos del pecado, obedecisteis de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y liberados del pecado, fuisteis **esclavizados a la justicia**... En efecto, como entregasteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y a la iniquidad para la iniquidad, así ahora entregad vuestros miembros como esclavos a la justicia para la santidad. Pues cuando erais esclavos del pecado, erais libres respecto de la justicia. ¿Qué fruto, pues, lograsteis entonces? Cosas son de que ahora os*

⁶² Rom 6, 22.

⁶³ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción nn. 215-216.

*ruborizáis, ya que el paradero de ellas es la muerte. Mas ahora, liberados del pecado y **esclavizados a Dios**, tenéis vuestro fruto en la santidad, y el paradero, la vida eterna»⁶⁴.*

La doctrina de San Pablo es esta: Cristo nos ha liberado de la sujeción a la Antigua Ley, y sobre todo nos ha liberado de la esclavitud del pecado, de la carne o de la naturaleza humana corrompida. Pero ahora somos esclavos de la justicia para la santidad y la vida eterna; debemos ser libremente esclavos de Dios, a quien Cristo nos ha sometido.

El Apóstol no condena de ningún modo, sino que más bien aconseja, la «esclavitud» respecto de Dios y de Cristo Jesús, en el sentido de una sumisión total, absoluta, que no contradice en nada a nuestra dignidad de hijos de Dios, por estar inspirada en el amor y ser libremente aceptada.

Conclusión: Quien no cita a la ligera un pasaje de la Escritura, arrancado de su contexto, sino que se da la pena de estudiar seriamente los pasajes de nuestros santos Libros que hablan de la esclavitud respecto de Dios y de Cristo, ha de admitir que no sólo no se puede sacar de la Escritura ninguna objeción fundada contra la santa esclavitud, sino que, al contrario, esa santa esclavitud es enseñada y recomendada positivamente en nuestros Libros Santos por el Espíritu de Dios; y que, al llamarnos esclavos voluntarios y de amor de Cristo en María, y sobre todo al conducirnos como tales, obramos y vivimos según el más puro espíritu cristiano, tal como se desprende de la Escritura inspirada por Dios, especialmente de los libros del Nuevo Testamento.

⁶⁴ Rom 6, 16-22.

XII

¿Qué significa ser “esclavo de amor”?

Según el sentimiento de los Padres y Doctores de la Iglesia, el parecer de los Sumos Pontífices, de los Santos y de los escritores ascéticos, y según la mismísima Escritura, podemos llamarnos «**esclavos**» de Dios, de Jesucristo, y también de la Santísima Virgen María. La santa esclavitud de que habla San Luis María de Montfort es totalmente conforme al espíritu del cristianismo; ¿qué digo?, constituye como su médula y su más pura esencia.

Pero es de la mayor importancia comprender bien el sentido exacto de este término de **esclavitud**. Sobre el significado de esta palabra ha habido muchas ideas falsas y muchos errores de interpretación, que ha podido alejar a un cierto número de almas de la práctica de nuestra perfecta Devoción a Nuestra Señora.

Ante todo, es evidente que, al emplear esta palabra en un orden superior y sobrenatural, no pretendemos de ningún modo *aprobar o recomendar la esclavitud entre los hombres*. La Iglesia Católica, más que nadie, luchó por la abolición de esta esclavitud.

Al llamarnos **esclavos voluntarios de Jesús y de María** no pretendemos tampoco *introducir, en nuestras relaciones con Dios y con su santísima Madre, los abusos de la esclavitud humana*.

No queremos decir con ello que Dios o la Santísima Virgen nos han de tratar de ahora en adelante con dureza, como hacían demasiado frecuentemente los amos de esclavos con sus víctimas.

No queremos decir tampoco que habríamos de acudir tan sólo con un temor rastrero y servil a Aquella que es la más dulce y la más amante de las Madres.

¡No! La crueldad de los amos y la servilidad de los esclavos eran **accidentales** incluso a la misma esclavitud humana, y no

pertenecen por tanto a la naturaleza y esencia misma de la esclavitud.

Había también amos buenos y caritativos. Y no faltaban esclavos llenos de afecto y fidelidad, que servían a sus amos libre y voluntariamente.

Con mayor razón, pues, hemos de excluir los abusos señalados, de la hermosa y noble esclavitud a la que queremos entregarnos.

Por consiguiente, debemos tomar aquí el término «esclavitud» en su acepción puramente **esencial**, y entonces no significa nada más que **pertenencia y dependencia total, definitiva y gratuita**.

Un esclavo era un hombre que pertenecía a otro con todo lo que era y con todo lo que poseía, y eso para toda su vida y sin tener derecho legalmente a ninguna retribución.

Así es como queremos pertenecer a Jesús por María: por entero, para siempre y por amor desinteresado.

Vamos incluso mucho más lejos que el esclavo ordinario en nuestra dependencia y en nuestra pertenencia.

Un esclavo pertenecía a su amo solamente en lo referente al **exterior**, en el orden **natural** y eso únicamente durante su **vida mortal** en esta tierra; mientras que nosotros pertenecemos a Jesús por María en lo que se refiere al exterior y al **interior**, en el orden natural y en el **sobrenatural**, durante el tiempo presente y **por toda la eternidad**.

Por lo tanto, cuando nos llamamos esclavos de Dios y de la Santísima Virgen, queremos decir esto, todo esto, y nada más que

esto: pertenencia radical, universal, eterna, de puro amor, a Dios por María.



Observemos además que nuestra esclavitud es una esclavitud **voluntaria**.

De ordinario —aunque no siempre— los esclavos no se convertían en tales sino por coacción exterior, y sólo lo seguían siendo por fuerza y por violencia.

Nosotros somos esclavos **voluntarios**: con todas las energías de nuestra libre voluntad aceptamos la esclavitud perfecta de Cristo y de María, y perseveramos luego en ella. **Queremos** libremente ser esclavos de Dios, aun cuando no estuviésemos obligados por naturaleza a esta dependencia absoluta. **Queremos** libremente ser esclavos de María, aun cuando Ella no tuviese, como tiene en realidad, títulos que hacer valer a nuestra pertenencia total respecto de Ella.

Y obsérvese bien, somos esclavos **de amor**.

El amor, y todo amor, produce la dependencia. Jesús hace consistir precisamente el verdadero amor por El en el cumplimiento de sus voluntades, de sus mandamientos. En la misma medida en que amamos a alguien, en esa misma medida nos hacemos dependientes de él, y no podemos negarle nada. Y parece que sólo el amor puede hacer a alguien completa y definitivamente dependiente.

Este será también el efecto de nuestro amor a Jesús y a su santísima Madre. Puesto que este amor es el más fuerte y poderoso que pueda cautivar a un corazón humano, lleva a la dependencia más completa y radical, esto es, a la esclavitud.

En un sentido infinitamente más noble que el hombre mundano, cautivo y esclavo de sus amores vergonzosos, nosotros

somos los libres, orgullosos y envidiables esclavos del amor más hermoso y puro que pueda encender a un alma humana. Nuestra esclavitud procede del amor, y no puede proceder más que del amor. Y conduce también al amor, como lo enseña Montfort y como lo prueba la experiencia: conduce al más filial y confiado amor a Dios y a su santísima Madre.

Nuestra esclavitud no es una esclavitud vergonzosa y degradante. No. Pues «*servire Deo regnare est*»: servir a Dios es reinar, es ser rey. En definitiva, pues, no tenemos como creaturas más que una sola grandeza y una sola gloria: la de depender de Dios y de aquellos que se encuentran revestidos de su autoridad. Y cuanto más lejos se avanza en esta esclavitud, y más profunda se hace esta dependencia, tanto más agradable se hace el hombre a los ojos de Dios, de sus Santos y de sus Ángeles. Ahora bien, nuestra «esclavitud» es indiscutiblemente la esclavitud llevada a su apogeo,

tanto en su duración como en su extensión y en la intensidad de la dependencia. «*Nada hay entre los cristianos*», dice Montfort con razón, «*que nos haga pertenecer a otro como la esclavitud; nada hay tampoco entre los cristianos que nos haga pertenecer más absolutamente a Jesucristo y a su santísima Madre como la esclavitud de voluntad*»⁶⁵. Estemos orgullosos de nuestra condición de **esclavos voluntarios y de amor de Jesús en María**.

Llevemos su señal exterior y pública de buena gana, bajo la forma de nuestra hermosa insignia.

Pero llevemos nuestro título y nuestra insignia con dignidad: *Nobleza obliga...*

⁶⁵ Tratado de la Verdadera Devoción n. 72.

Acordémonos en nuestra vida cotidiana de que, en todo, pensamientos, palabras, acciones, debemos depender de Jesús y de María, y de que en todo debemos buscar sus intereses y su gloria.



Murillo Esteban Bartolomé, hacia 1650, "Sagrada Familia del Pajarito", óleo en lienzo, Museo del Prado, Madrid, España.